

La metodología entre compromisos y diversidad en las dificultades del trabajo de campo dentro de un ejercicio etnográfico con comidas populares

Por **Álvaro Acevedo Merlano**

Antropólogo egresado de la Universidad del Magdalena, su trabajo se enmarca en las áreas de la investigación y el análisis de procesos sociales y prácticas culturales. Su experiencia desarrollada durante los últimos años y la articulación con el grupo de investigación Oralidad, Narrativa Audiovisual y Cultura Popular del Caribe Colombiano, le ha brindado la oportunidad de acercarse a ejercicios investigativos relacionados con la antropología de la alimentación, las identidades regionales, medios de comunicación, patrimonio cultural, etc. De igual forma, ha tenido la oportunidad de trabajar en temas relacionados con mecanismos alternativos de resolución de conflictos. Todos estos ejercicios los ha abordado desde las herramientas teóricas y metodológicas de la antropología.

Antes de dar comienzo a esta breve reflexión producto de mi corta experiencia en terreno, debo aclarar que entiendo el trabajo de campo como un método abierto de investigación en terreno donde caben las encuestas, las técnicas no directivas -fundamentalmente, la observación participante y las entrevistas no dirigidas- y la residencia prolongada con los sujetos de estudio, la etnografía. Todo este conjunto de actividades se suele designar como "trabajo de campo", y cuyo resultado se emplea como evidencia para la descripción. (Guber, 2001: 7).

Luego de llevar a cabo dicho trabajo de campo durante varios meses, y de haber realizado el ejercicio de escritura, puedo referirme a muchas de las cosas que en el pasado no podía señalar, pues carecía de la experiencia que brinda el estar en el terreno. Pero ahora, gracias al trabajo directo con las personas y al poder compartir sus realidades, comienzo a entender mejor el ejercicio etnográfico y los recorridos que se deberían realizar. Como el profesor Vasco lo afirma "[...] Los recorridos constituyen una forma de conocimiento, sean ellos físicos o realizados con la mente, aunque ambos tipos no se dan por separado [...] Cuando es etnógrafo el sujeto que conoce, pero no vive la vida de la sociedad que investiga, determina que el proceso de investigación y conocimiento se construya aislado de la vida, cuando debería hacer parte de ella [...]" (Vasco, 2002: 467, 468). En el desarrollo de este ejercicio, se presentaron constantes situaciones y reflexiones sobre la manera de interactuar en el campo, y este apartado narro algunas de ellas durante esa experiencia.

El trabajo de campo al que hago referencia, y el cual es causante de estas ulteriores reflexiones, se llevó a cabo en la ciudad de Santa Marta con las personas que viven del ejercicio de las ventas informales de comida popular. En este ejercicio fue necesario entablar contacto con personas que desempeñaban una gran diversidad de oficios relacionados con la comida popular, desde la venta ambulante de tintos, hasta la venta estacionaria de almuerzos.

También se hace necesario aclarar que el concepto de venta estacionaria informal que aquí se nombra está orientado a todas aquellas ventas que, dentro de las dinámicas económicas informales, se encuentran ubicadas de manera permanente en el perímetro correspondiente al espacio público. Así también pueden existir ventas informales semiestacionarias, que a pesar de no permanecer todo el tiempo en un mismo lugar, sí determinan una ubicación más o menos fija. Por otra parte, el concepto de ventas ambulantes hace referencia a todas aquellas ventas que, por lo general, son informales, y se desplazan de un lugar a otro de manera constante sin poseer un sitio medianamente fijo de trabajo, aunque sí una ruta determinada, en algunos casos. Por último, están las ventas semiambulantes,

aquellas que la mayor parte del tiempo se encuentran en movimiento, pero que en algunos momentos del día, algunos días, pueden detenerse temporalmente en algunos lugares específicos.

En la búsqueda de vendedores que me ayudaran a conocer las realidades de las ventas informales de comida popular, me enfrenté a una gran variedad de personalidades, géneros, edades, estados de ánimo y temperamentos que como partes importantes de las subjetividades de estas personas, condicionaron de manera directa las relaciones que se desarrollaron durante el trabajo, entre yo como agente externo y los vendedores y vendedoras que me permitieron adentrarme en su cotidianidad.

Ahora bien, a pesar de que el trabajo de un buen etnógrafo requiere entablar relaciones con el otro, dejando por fuera los estatus para simplemente dialogar, fue difícil obviar la variedad de actitudes que como investigadores tomamos al hablar con los hombres y mujeres con quienes trabajamos. Digo esto porque cuando en momentos en los que se desarrollaron diálogos con personas que poseían un carácter fuerte y dominante, por ejemplo, de manera involuntaria opté muchas veces por tener un perfil bajo, con el propósito de optimizar las condiciones en las que se desarrollaba dicha charla o entrevista.

Entendiendo el ejercicio etnográfico como un ejercicio de memoria

Muchas de las entrevistas que se encuentran grabadas resultan ser solo la punta del iceberg de muchas otras conversaciones que nunca saldrán de la clandestinidad de la memoria, pues detrás de toda entrevista existen cuatro o cinco conversaciones fundamentales que se encargan de orientar las nociones al momento de analizar las entrevistas grabadas. Por esta razón, en un gran número de ocasiones apagué la grabadora voluntariamente con el único objetivo de entrenar la memoria y guiarla hacia los acontecimientos que consideré relevantes para el presente trabajo, pese a la dificultad que esto encierra, pues “[...] La materialidad del texto oral es más transitoria: sólo dura mientras las ondas de aire están en movimiento, aunque puede perdurar impreso en el cerebro, en la memoria” (Vasco, 2002: 479). Con este ejercicio logré una mayor concentración, pues el no querer olvidar la información me llevó obligatoriamente a repasar recuerdos sobre lo visto, lo escuchado o saboreado. Esto amplió considerablemente el alcance, el tiempo y la profundidad de reflexión sobre los acontecimientos que se dieron durante el desarrollo del trabajo de campo. Este ejercicio de memoria se manifestó de manera constante y diversa, a tal profundidad que a pesar de abandonar físicamente el terreno en algunos momentos, nunca logré salir mentalmente del campo debido a que la condición de antropólogo, en muchas

circunstancias, se encuentra tan adentro de la conciencia que no se puede dejar de serlo ni en los momentos de ocio más triviales, pues hasta en el simple hecho de tomar el desayuno encontraba presentes reflexiones sobre las comidas populares.

Sobre la etnografía

En el marco de esta investigación, la etnografía jugó un papel fundamental como herramienta para acercarme a las realidades de los sujetos de investigación, pues “la etnografía va a las fuentes primarias a la palabra directa, a la observación de cada hecho, proceso y variables para recomponer en el pensamiento el conjunto social. El trabajo etnográfico supone entonces estar en trabajo de campo para poder detectar y describir lo observado” (Padilla, 2006: 4). El ejercicio etnográfico que desarrollé incluyó la mayor participación de los sentidos posibles, en especial, la visión, el gusto y el olfato, pues todas las manifestaciones gastronómicas que logré captar a lo largo del trabajo de campo, desencadenaron un gran caudal de sensaciones percibidas por estos tres sentidos. Los sabores, olores y colores no solo me generaron reacciones en la inmediatez, pues en muchas ocasiones las consecuencias de probar algún alimento o la combinación de varios, las pude percibir días después del momento de ser probadas.

Respecto a los diferentes sentidos que utilicé para la percepción y posterior interpretación de los elementos hallados en el trabajo de campo, considero que el sentido que me comprometió con mayor intimidad respecto a la realidad vivida fue el sentido del gusto. Al momento de valermelo de este sentido en instantes en los que comí durante varios ejercicios de observación participante, logré sentir una gran dificultad en el comer como ejercicio etnográfico, no solo por el notable aumento de mi contextura física, sino por el particular sabor de algunos alimentos. Uno de esos ejercicios se dio en una ocasión durante mis primeros ejercicios de observación.

De modo anecdótico (fragmento del diario de campo)

En uno de los primeros recorridos realizados por el centro de la ciudad, un poco improvisado, motivado por la idea de probar los alimentos como parte de mi metodología, me encontré con una fritanguería¹, el mejor lugar para probar las tan famosas chinchurrias². Pero para mi sorpresa me topé con un poco de chinchurria de la gruesa, e impulsado por

1. Una fritanguería puede entenderse como un lugar en donde se venden y consumen alimentos, principalmente vísceras fritas en aceite hirviendo, tales como la chinchurria, el bofe, el riñón y la ubre, entre otras vísceras.

2. La chinchurria o trenza es el intestino delgado o grueso de la vaca o del cerdo relleno de aliños, y, en algunas ocasiones, con un poco del material original. Se come frito, y en la costa Caribe, a diferencia del interior de Colombia, lo trenzan, por lo que también se conoce como “trenza”. Existen dos clases de chinchurria, la delgada que es el intestino delgado, la más común; y la gruesa que está compuesta por el intestino grueso.

la curiosidad y el ejercicio etnográfico, decidí dar rienda suelta a los placeres del paladar y probarla, con el único fin de seguir incluyendo a los demás sentidos en mi experiencia etnográfica, además de estar impulsado por el hambre, claro está. Al primer bocado probé el sabor de aquello que olía a excremento, fue un sabor repulsivo, pero no podía devolver el alimento ni mucho menos, pues las personas que vendían, además de los consumidores que allí se encontraban, no podían ver esa reacción tan violenta. Así que por respeto y también por el hambre, logré terminar de comer dicha chinchurria gruesa. En ese instante, sólo el patacón³ de guineo que la acompañaba pudo ayudarme a tragar la chinchurria. Fue aquí, en este instante, cuando comprendí realmente qué tan comprometido me encontraba si decidía degustar los alimentos que configuraban parte de la realidad que relataría en el manuscrito resultado de la investigación.

Pero a pesar de todas las dificultades y riesgos que acarreó ese método, decidí continuar e incluir como parte importante de mi metodología de campo el constante consumo de comida por mi parte, de acuerdo a varias razones. En primer lugar, encuentro la necesidad de describir la realidad utilizando no solo mi observación sino también mi olfato y mi sentido del gusto, con el propósito de adentrarme de manera más íntima a la realidad que se manifestó frente a mí durante mi experiencia etnográfica. Así mismo, al querer abordar a las personas que se desempeñan en la labor de vender comidas o bebidas populares de manera informal, resultó necesario ser partícipe en el ejercicio de la compra y consumo de lo que en determinado puesto de comida se ofrecía, ya que con mi consumo evité que los vendedores disminuyeran la oportunidad de conseguir su sustento por el hecho de brindarme parte de su tiempo. Por lo tanto, para evitar esa situación, me convertí en un consumidor constante con el objetivo de contribuir con su labor, al mismo tiempo que los vendedores contribuían con la mía.

Por ende, el hecho de comprar y consumir los alimentos vendidos por las personas que entrevisté, facilitó su acceso y amenizó, en gran medida, los momentos de comunicación. Además, con algunos vendedores, las conversaciones solo se hacían efectivas desde el momento en el que yo consumía algún tipo del alimento que ofrecían.

El desenvolverme de esta manera dentro del campo le agregó un valor extra a la implementación del sentido del gusto, ya que además de ampliar el espectro de percepción para la futura interpretación de los datos, logré sumarle a mi trabajo una mayor intimidad al involucrarme físicamente en los momentos donde comí algún tipo de alimento. Ese constante comer resultó indispensable para lograr el abordaje de los sujetos de investigación en los momentos de charlas o entrevistas.

3. Rodajas de plátano o guineo que al sofreírlas en aceite pueden ser consumidas generalmente acompañadas con sal. El patacón es el acompañante por excelencia de la chinchurria y demás vísceras fritas.

El consumo permanente de alimentos fue un elemento constante durante todo mi trabajo de campo, lo que, en muchas ocasiones, atentó directamente contra mi bolsillo. Por otra parte, debo mencionar que la utilización desmedida del sentido del gusto referente al comer en el trabajo de campo, debe realizarse con suma moderación, ya que podemos vernos comprometidos en nuestra salud, pues algunas combinaciones de alimentos que se encuentran en este tipo de trabajo, poseen características que pueden ser demasiado fuertes para la habitual digestión del investigador, lo que si no se tiene en cuenta puede causar algunos problemas digestivos.

En concordancia con lo anterior, es fundamental que el ejercicio etnográfico conserve en lo posible la esencia de lo que en campo se conoce, escucha, observa y aprende. Así pues, no considero coherente decir con mis palabras lo que fue gestado por las voces de aquellas personas que confiaron en mí para relatarme sus experiencias de vida, pues para ellos no se trata de un artículo o de alguna abstracción antropológica, se trata de sus vidas y realidades. Por lo tanto, en el documento etnográfico del que se desprenden estas reflexiones se conservaron gran parte de los argumentos tal cual fueron narrados.

Sobre la entrevista

Aunque la observación, la descripción y la interpretación por parte del investigador posean un lugar importante en el trabajo, considero que la forma más eficaz de captar y comprender de mejor manera la realidad de los actores que se encuentran sumergidos en el campo, es la entrevista abierta, entendida como una situación cara a cara donde se encuentran distintas reflexividades pero, también, donde se produce una nueva reflexividad. Entonces, la entrevista es una relación social a través de la cual se obtienen enunciados y verbalizaciones en una instancia de observación directa y de participación (Guber, 2001: 75). Debido a ello, es en esta interacción, en el hablar, en donde se pueden percibir además de las palabras en sí, los gestos y las distintas variaciones emocionales que el sujeto puede presentar durante el transcurso de la charla, ya que gran parte de esos gestos y emociones fueron tomados en cuenta al momento de interpretar la información obtenida de manera oral.

Ahora bien, ninguna de las entrevistas realizadas las concebí en una sola dirección, pues hay que ser lo más equitativo posible en el suministro de la información y tratar de que la entrevista como ejercicio de poder logre una equidad, ya que la información no tiene que ir necesariamente en un solo sentido investigado → investigador, pues al realizarla en ambas direcciones y de manera honesta, no sólo el investigador terminará la charla con una gran cantidad de información del investigado, sino que el investigado a su vez poseerá gran cantidad de información del investigador. Es en ese momento cuando el investigador,

considero, disminuirá lo unidireccional en el ejercicio de entrevistar.

La forma cómo se desarrollaron las entrevistas estuvo perfilada a la leve orientación de las preguntas, pues formulé pocas, solo las que sirvieran para guiar e indicar al entrevistado la temática de la misma, para no sesgar con preguntas cortantes la naturalidad de la secuencia que lleva una historia o una narración, ya que luego de las primeras preguntas, el escuchar se hace más importante que el preguntar. En este caso, las entrevistas que realicé, todas después de la primera pregunta, se transformaron en charlas amenas, sobre todo sinceras y respetuosas. La utilización de pocas preguntas enriqueció el dinamismo de las conversaciones, además de conservar la naturaleza del relato.

Así mismo, a pesar de que mis descripciones y análisis jugaron un papel importante al dar cuenta de los contextos en los que surgen las voces de los entrevistados, considero que el lector debe dar mayor importancia a las voces mismas que se lograron captar en las entrevistas, muchas con matices de protesta, pues son estas inconformidades codificadas en cada conversación lo que catalogo como un punto neurálgico de dicho trabajo. Además, no edité la información que se encuentra en las entrevistas ni la consigné en el escrito como si fueran mis reflexiones sobre la realidad interpretada, ya que esa información proviene de una voz, una voz que al hacerle ese proceso de edición puede correr el riesgo de ser silenciada nuevamente y de forma más imperceptible pero no menos subyugante. Por eso reitero que el ejercicio etnográfico debe respetar a quienes dijeron y cómo lo dijeron, pues a pesar de que yo aparezca como autor de la monografía a la que se hace alusión, nunca seré el dueño de esas voces, puesto que los dueños de esas voces son quienes hablaron.

Ser el antropólogo que se queda y no el que se va

Muchos investigadores pueden alegar que algunos trabajos de campo acarrearán mayor pertinencia, peligros y dificultades que otros, lo que en algunas circunstancias puede ser cierto, ya que a simple vista no encierra la misma dificultad entrevistar a un desmovilizado que a una señora que ha cocinado empanadas durante la mayor parte de su vida. Pero esto no quiere decir que un trabajo sea más o menos relevante que el otro, y que a pesar de que uno requiera aparentemente un mayor riesgo que el otro, el compromiso no deviene de la circunstancia en sí misma, sino del propio investigador y de toda la problematización que este logre construir a lo largo de su investigación.

El compromiso del antropólogo investigador, en la mayoría de los casos, se encuentra mediado por todas aquellas características que configuran el trabajo de campo respecto a esa misma condición de investigador. Una de esas características hace referencia a la ubicación del investigador respecto al terreno donde decide adelantar el trabajo de campo, es decir, no resulta equivalente la realización de una investigación en un lugar lejano al

sitio donde el investigador desarrolla su vida (el antropólogo que se va), a realizar una investigación en el lugar donde el investigador vive o reside (el antropólogo que se queda). Estas dos situaciones resultan propicias para su descripción, ya que las características del trabajo de campo se encuentran orientadas, a mi modo de ver, a una de estas dos condiciones que permea la totalidad de la investigación.

En primer lugar, se encuentra el antropólogo que llega de su mundo a un lugar lejano e “inhóspito” para luego marchar al terminar su investigación y, en segundo lugar, se halla al antropólogo que decide, por múltiples circunstancias, realizar su investigación en el lugar donde reside. Así, y de acuerdo con las características de mi trabajo como investigador, considero que hago parte de una de estas dos formas, que para mayor entendimiento describiré a continuación.

Del antropólogo que se va

Es aquel antropólogo que se desplaza grandes distancias desde su lugar de origen hasta el tan sagrado, anhelado, inexorable y lejano campo. Lejano porque al parecer, entre más lejano se encuentre el sitio para la realización del trabajo, más antropólogo se puede llegar a ser. Ahora bien, dicha lejanía no resulta ser solo física, sino también epistémica, ya que ese investigador deja su tierra pero también decide dejar un gran número de elementos que complementan su realidad, en donde la “[...] exterioridad, pues, obliga al etnógrafo a abandonar el lugar donde desarrolla sus actividades académicas y donde vive, para ir al espacio donde sus objetos de interés residen” (Vasco, 2002: 455). Estos elementos que se abandonan, generalmente son constituidos por emociones, sentimientos, amores, familia, negocios, amistades, intereses, etc. El hecho de que se encuentren separados del terreno en donde se desarrolla la investigación, despreocupa en cierta medida al investigador respecto a las consecuencias de sus acciones durante su trabajo, ya que es muy poco probable que dichas consecuencias lleguen a perturbar algún elemento de la realidad en donde vive, pues dentro de su mente él tiene presente que su residencia se encuentra bien y que tarde o temprano regresará a ese hogar de donde partió.

Este es el antropólogo que se va, el que no se inmiscuye en el después de la investigación, ni se cuestiona sobre la consecución de las relaciones entabladas durante su estadía en el terreno, pues sus relaciones tienden a desaparecer al finalizar su trabajo. Aunque algunos, solo por compromiso ético, visiten nuevamente a las personas que fueron los sujetos de su investigación, estas relaciones no gozarán de la misma intensidad ni del mismo compromiso que poseían cuando la investigación se encontraba en curso. Así, el antropólogo que

se va, hace eso, se marcha, y si su intervención o participación fue la responsable de algún tipo de mella después de su presencia, él no será testigo de ello, pues ya no estará en ese lugar, ya habrá terminado su trabajo de campo y se encontrará en su realidad.

Del antropólogo que se queda

Mi realidad como antropólogo que se queda es un poco distinta a la del que se marcha, ya que aquel botón de escape no puede ser contemplado, pues aún permanezco en el lugar del que nunca me he marchado. Así mismo, dentro de esta condición, los después, a diferencia de lo sucedido para el antropólogo que se va, sí toman un interés inmediato, ya que luego de de que la investigación termina yo continúo caminando por las mismas calles que fueron mi terreno de campo.

De igual modo, el abandono del trabajo de campo se convierte solo en un ejercicio mental y a la vez nulo, pues durante el ejercicio etnográfico, cuando una calle resulta ser un espacio de observación, después de la investigación al caminar de nuevo por la misma calle no soy capaz de mirarla sin pensar en ella como en un espacio de observación etnográfico, ya que para mí, nunca dejará de serlo.

Por otra parte, las redes de relaciones que se gestaron durante la investigación no pueden ser interrumpidas por mi desplazamiento físico, pues continuaré en dicho lugar de manera permanente y frecuentando a las personas que en un tiempo poseían el rol de sujetos de investigación, informantes o colaboradores en mi trabajo de campo. Al igual que sucede con el abandono del trabajo de campo, estas personas anteriormente vistas como informantes, no desaparecerán de mi realidad cotidiana, sino que se les sumará la condición de conocidos o amigos en lo que a relaciones personales se trata.

De modo que, respecto a mi convivencia en la ciudad, esas personas se convirtieron en parte constante de mi vida cotidiana como habitante de Santa Marta, afectando no solo mis relaciones generales dentro del andar en la ciudad, sino también la esfera de mi vida personal. En razón de esto, hay que tener muy en cuenta que todas aquellas relaciones que se entablen durante el desarrollo del trabajo de campo, son relaciones que perdurarán hasta después que concluya la investigación, y, por tanto, a aquel sujeto que ofrece una entrevista debe entendersele, no como a un personaje temporal que suple una de las necesidades que encierra la realización de la investigación, sino como a un actor permanente dentro de la obra que constituye la realidad del investigador.

Bibliografía

- Guber, Rosana. 2001. La etnografía, método, campo y reflexividad. Grupo Editorial Norma. Bogotá.
- Padilla, Cristina. 2006. Ponencia para el VII Congreso Internacional de Sociología Rural. Universidad de Guadalajara. Ecuador.
- Vasco, Luis. 2002. Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá.